

# «CLARIN» Y SUS IDEAS SOBRE LA NOVELA<sup>(1)</sup>

POR

EMILIO CLOCCHIATTI

CAPITULO I

## LA VIDA DE «CLARIN»

En las breves notas que siguen no hemos intentado hacer una aportación original a la biografía del crítico español, sino recoger en líneas de apretada síntesis los rasgos más característicos de su personalidad y los sucesos relevantes de

---

(1) Comenzamos en este número la publicación del trabajo del Sr. Clocchiatti y teniendo en cuenta que los dos primeros capítulos podrían considerarse como una introducción al trabajo, ya que, como indica su autor, no se ha intentado «hacer una aportación original a la biografía del crítico español, sino recoger en líneas de apretada síntesis los rasgos más característicos de su personalidad y los sucesos relevantes de su vida», se han compuesto ambos capítulos con un tipo de letra más reducido del que se utiliza en la presente revista para los estudios, con el fin de hacer distinción entre estos dos primeros capítulos y los restantes del trabajo del Sr. Clocchiatti, que iremos publicando y que responden a la segunda parte del citado estudio sobre Clarín, o sea a «sus ideas sobre la novela».

En el próximo número se publicarán los capítulos III y IV, titulados respectivamente «Concepción del arte novelesco» y «Naturalismo e idealismo en *Clarín*».

su vida. Antes de proceder a esta tarea, conviene hacer algunas observaciones. La obra y la espiritualidad de «Clarín» son todavía poco conocidas. A pesar de ser hombre brillantísimo y temido en su vida, los años que suceden a su muerte son de pleno olvido o de dolorosa incompreensión. No hay que profundizar mucho para hallar las causas de esta aparente anomalía. Leopoldo Alas se había creado, merced a su espíritu crítico tenaz y agresivo, a su actitud infatigable, a sus dotes de observación maligna y penetrante, a su gusto severo e insobornable una reputación literaria casi increíble en la confusa y mezquina época que le toca vivir. Inventor o renovador de varios géneros literarios, muy al tanto siempre de las últimas novedades literarias o filosóficas, deseoso de mejorar y elevar la pobre vida cultural de su tiempo, fué considerado por sus enemigos como figura peligrosa y temible. Aun las más ilustres firmas de su siglo, Valera, Galdós, Menéndez Pelayo, Pereda, esperaban sus críticas con impaciencia curiosa, a veces teñida de confuso temor. Era entonces «Clarín» una especie de dictador literario que, con entera dignidad e independencia de criterio, fustigaba vicios artísticos, zahería a los autores mediocres y hasta ponía en ridículo a los personajillos políticos de aquel período infecundo para la historia española. Numerosos eran sus enemigos encubiertos o abiertamente declarados; numerosos también los que no supieron separar al crítico del hombre y atribuían a este último toda clase de vicios inconfesables. No ocultaba «Clarín» sus ideas políticas; era conocido como espíritu abierto a las novedades, de ideas ampliamente liberales, convencido republicano y de discutible ortodoxia religiosa. No solo los escritores ridiculizados por Alas, sino también los hombres que se creyeron mordazmente reflejados en los cuentos y novelas del gran polemista, no perdonaron ocasión de rodear su figura con especies calumniosas. De este modo, un clima de maledicencia y de torpes intrigas rodeó muy pronto al íntegro escritor asturiano.

Su muerte fué acogida por muchos carazones mezquinos como un tremendo desahogo. Desde entonces se podía escribir a placer, se podía seguir emponzoñando el gusto del público, comerciando con la literatura y con los puestos representativos de la nación. Poco a poco, estos mismos enemigos que se habían cebado en el cadáver de «Clarín», optaron por una táctica más provechosa: no hablar del muerto, dejar que el recuerdo de su obra se fuese perdiendo lentamente. Así sucedió. «Clarín» había vivido gran parte de su existencia encerrado en la querida geografía de Asturias; sólo a distancia, pues, obraba sobre el público y los autores de moda. En cuanto cesó este contacto fecundo y su pluma quedó definitivamente silenciosa, la indiferencia y el olvido cayeron sobre él. En Asturias no podría borrarse fácilmente la huella de sus explicaciones universitarias, el íntimo legado que confió a tantas generaciones, sus virtudes de esposo y padre amantísimo, su misma popular figura de barbas enmarañadas y ojos miopes; pero en la corte literaria, en Madrid, todo ello había sido un fugaz chisprote que había de ser apagado por nuevas luminarias de la vida artística. Otras

razones importantes justifican este olvido innmercido. Gran parte de la obra de Leopoldo Alas estaba formada por notas periodísticas, artículos escritos a prisa y corriendo, que recogían las últimas noticias literarias. El autor no se cuidó de coleccionarlos íntegramente; y así quedaron desparramados por multitud de periódicos y revistas de Madrid y de Asturias. Por otra parte, el asturianismo de «Clarín» le hacía aparecer como uno de tantos novelistas regionales de la segunda mitad del siglo XIX; cuando los gustos cambiaron y el cuadro de costumbres locales perdió interés, las obras narrativa de nuestro escritor sufrieron el mayor abandono.

Todas estas causas—incomprensión, hostilidad, regionalismo, vida periodística—contribuyeron a que la figura de Leopoldo Alas se fuese perdiendo en la lejanía de los tiempos. Incluso en las Historias de la Literatura Española ocupaba un lugar mínimo e indecoroso, cuando no se le consideraba como representante destacado del naturalismo anticlerical y degradado. Acaso fué *Azorín*, ese gran valorador de las letras españolas, el primero en llamar la atención sobre el asturiano y en señalar su enorme importancia como crítico y como creador. Más tarde, un amigo de Alas, Adolfo Posada, ha luchado noblemente por rehabilitar su figura. Por último A. González Blanco, Juan Antonio Cabezas y P. Sáinz Rodríguez han estudiado con más o menos amor aspectos de la vida y de la obra del ilustre español. Pero falta el estudio total y comprensivo de la personalidad de «Clarín». Nosotros hemos escogido un aspecto más de su espiritualidad, uno de los muchos que ofrece este genio tan rico en modalidades.



Escribir una biografía anecdótica, exterior, de L. Alas es cosa sencilla, ya que su existencia no fué pródiga en sucesos de este tipo y podría resumirse en muy pocas palabras. Bien dice Cabezas que «*Clarín*», resulta un hombre sin biografía. «Su vida es una línea recta. Es la distancia más corta entre su voluntad de perfección y su destino» (1). Muy difícil, en cambio, parece escribir la biografía espiritual de Alas, sus hechos interiores determinantes. Para ello había de recogerse toda su abundante producción dispersa en periódicos y folletos, someterla a una ordenación y un método riguroso para, finalmente, estudiarla con atención y objetividad. No entra en nuestros propósitos el realizar esta tarea. Tracemos primero las líneas esenciales de sus contactos con el mundo y el ambiente; después intentaremos dar algunas notas importantes de su carácter íntimo.

---

(1) J. Antonio Cabezas, «*Clarín*», *el provinciano universal*, t. 56 de las *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*, Madrid, 1936, p. 25.

Leopoldo Alas, tan empapado del alma asturiana, no había de nacer, por azares de la suerte, en esta provincia española, sino en Zamora, en el año 1852, durante el reinado de Isabel II. De aquí la célebre frase tan repetida por «Clarín»: «Me nacieron en Zamora», que parece anticipar, con su ingeniosa dislocación sintáctica, las paradojas de D. Miguel Unamuno. Era hijo de un asturiano, D. Jenaro García Alas, de arraigadas ideas liberales, y de una leonesa, D.<sup>a</sup> Leocadia Ureña. Su padre ocupó el cargo de Gobernador Civil de Zamora y en otras localidades. La infancia primera de Leopoldo transcurre en variados ambientes (Zamora y León), donde todavía resonaban las viejas tradiciones de las gestas y los romances viejos, regiones apegadas a sus grandiosos recuerdos históricos. En León estudia en el colegio de los Jesuitas, mostrando ya una excesiva precocidad. Acaso en este ambiente religioso se formarían dos cualidades importantes del alma de Alas: su sentimentalismo místico y su férrea disciplina moral (2). A los siete años de edad, el pequeño Leopoldo, con su familia, se establece definitivamente en Oviedo y de aquí arranca su primero y fecundo contacto con el país asturiano, al que habría de inmortalizar años más tarde. Oviedo es esencialmente una ciudad tranquila y recogida, propicia para el ensueño, la meditación y el trabajo interior; de regusto arcaico, conservaba todavía aspectos y costumbres hondamente seculares. Para Leopoldo, simbolizará siempre el espíritu tradicional de la raza española, la monotomía provinciana y, también, el lugar ideal para el reposo del espíritu turbado. Pero Oviedo no es toda Asturias, ni siquiera lo más representativo de ella. La familia de Alas tenía posesiones en Carreño, en el delicioso valle de Guimarán, de maravilloso paisaje; allí, entre la frescura y el verdor constante de la naturaleza han de transcurrir los mejores momentos de la vida del escritor.

En Oviedo estudia Leopoldo el Bachillerato, mostrándose como aventajado estudiante. De entonces data su amistad con algunos compañeros dilectos: A. Palacio Valdés, Tomás Tuero, Pío Rubín. Desde muy pronto se distingue Alas entre los amigos por su espíritu inquieto, su tendencia a la crítica y a la observación, su veneración a la pureza y propiedad de la lengua materna, su amor propio fácilmente inflamable. Sólo hay algo que preocupa al niño: su pequeña estatura, que le hace a veces tímido y retraído, pero con verdadera tenacidad logra vencer estas melancolías pasajeras.

Entre los doce y trece años escribe, para ser representada en casa de unos amigos muy ricos, una comedia en verso *El sitio de Zamora*. Acaba el Bachillerato de cinco años (1864-1869). Al conocerse en Oviedo la noticia de la caída de Isabel II (revolución de septiembre de 1869), Leopoldo y algunos amigos arrastran el busto de la reina por las calles, como convencidos republicanos.

---

(2) Cabezas, *op. cit.*, p. 25.

El verano de 1869 nos muestra al joven bachiller enamorado de una campesina de Avilés, rubia y de ojos verdes, a quien dedica inflamados versos de amor. Parece que estos amores, venturosos en principio, tuvieron rápido fin a causa de la ingratitud de la moza asturiana. En dos cursos aprueba Leopoldo sus estudios universitarios en la Facultad de Derecho de Oviedo, sometiéndose a intenso trabajo. Consigue la Licenciatura en Derecho el año 1871, sin que sus estudios fuesen obstáculo a su ardor literario: contaba solo dieciseis años cuando empezó a «publicar» su periódico «Juan Ruiz» (1868), del que era a la vez director, redactor único y amanuense (3). Este periódico manuscrito de Alas es interesante por revelar su temprana vocación periodística y su gusto por la crítica desenfadada y hay en él artículos y poesías variadas.

En el mes de octubre de 1871 señala una nueva época en la vida de «Clarín»; marcha entonces por primera vez a Madrid, ciudad de sus ensueños literarios, donde le esperaban sus íntimos amigos, Palacio Valdés, T. Tuero y P. Rubín. El joven Leopoldo tiene un importante motivo para abandonar Oviedo: estudiar la carrera de Filosofía y Letras, a la que se sentía íntimamente encariñado. Es la época de efímero pero digno reinado de Amadeo de Saboya, sustituido en 1873 por la República de Figueras, Salmerón, Pí y Margall y Castelar, preludio de la Restauración horbónica, entronizada en la persona de Alfonso XII. Hemos de imaginar que los turbulentos sucesos políticos de estos años dejarían en el ánimo del escritor un contradictorio regusto de esperanza y desilusión. Leopoldo asiste a las clases de la Universidad, donde estudia Literatura latina y griega, Metafísica y Filosofía del Derecho. Las enseñanzas de Salmerón, Profesor de Metafísica y de F. Giner de los Ríos, Profesor de Filosofía del Derecho, especialmente la de este último, dejaron honda huella en su espíritu juvenil. Era la época de apogeo del Krausismo español, cuya importancia estribaba, más que en su concepción filosófica, en ser un «movimiento general de revolución espiritual en todos los campos de la cultura» (4). Aunque este movimiento filosófico esté ya hoy plenamente superado, nadie puede disminuir su importancia en la España de la Restauración, en la que las primitivas doctrinas de Krause, síntesis armónica de Kant, Hegel, Ficht y Schelling, llegaron a tomar vuelo propio e independiente. El Krausismo español logró despertar en la juventud de la época el amor a la Fi-

---

(3) Véase Adolfo Posada, «Clarín», Oviedo 1946, p. 73-74, donde se habla de la primera época del «Juan Ruiz»; para la segunda época, véase Cabezas, *op. cit.*, reproducción facsímil, en las págs. 53-54.

(4) Véanse las *Adiciones* de Luis Recaséns Siches a la *Filosofía del Derecho* de Giorgio del Vecchio, t. II, Barcelona 1930, p. 284-286. Para la figura de Giner de los Ríos, excelso representante del Krausismo hispánico, p. 273 y ss.; para el iniciador del movimiento en España, Julián Sans del Río, p. 271.

lososía, la tolerancia para todas las doctrinas, así como formar magníficos modelos de ejemplaridad humana (5). Leopoldo Alas sufrió los efectos de estas ideas espiritualistas y románticas, amalgamándose así en su alma las tres corrientes fundamentales que van a informar su obra en la primera época, el Krausismo, el liberalismo y el naturalismo literario. La escuela de Zola estaba entonces en pleno apogeo; Tomás Tuero, uno de los inseparables amigos de «Clarín», traduce la *Naná* del gran escritor francés. Durante toda su vida, Leopoldo ha de sentir en sus cocepciones estéticas la huella de Zola, si bien con intermitencias diversas.

A consecuencia de toda esta nueva germinación espiritual, en el alma del crítico asturiano van desplomándose los antiguos pilares de una educación religiosa. Su cambio ideológico es gradual, pero seguro. Nace en el joven estudiante la desconfianza, primero; luego, la duda y el escepticismo, cuando no la irreverencia anticlerical. Esto no significa que nuestro autor fuese un descreído auténtico, sino un espíritu torturado que sólo en sus últimos años ha de volver a encontrar la fe y la esperanza en el más allá. He aquí otro punto de contacto de Alas con la posición de Unamuno: ambos tienen corazones profundamente religiosos, pero que no pueden transigir con lo que consideran como prácticas rutinarias y mecánicas de una Iglesia empobrecida.

La vida de Leopoldo en Madrid tiene, pues, excepcional importancia. Durante algún tiempo lleva una existencia desordenada y behemia, asiste a reuniones y tertulias literarias, participa activamente en la vida intelectual de la época. Su vocación literaria, al contacto con todas estas excitaciones, se hace cada vez más poderosa, exigente y firme. No le basta reunirse con algunos buenos amigos en la «Cervecería Inglesa» de la Carrera de San Jerónimo, ni formar un periódico satírico-político llamado «Rabagas», que goza de corta vida. Empieza a colaborar en diversas publicaciones madrileñas: en *El Solfeo*, *La Unión* y *El Progreso*. Y entonces es cuando, el 2 de octubre de 1875, aparece por primera vez el seudónimo que pronto sería célebre: *Clarín*. Desde un principio, Leopoldo hace a la vida literaria con firmes convicciones: su posición es la del hombre culto e inquieto que no puede soportar el tono vacío y rimbombante de la crítica al uso ni los engendros literarios por todos aplaudidos ni las incorrecciones gramaticales y léxicas de que están plagadas las obras del tiempo. *Clarín* aparece—como ya lo indica su seudónimo—con ánimo batallador, destruyendo con su sonoro toque de atención al marasmo intelectual de las letras españolas. En adelante, habrá en España un censor literario, independiente y sincero, no vendido a nadie ni pagado por ningún grupo oficial. Y no sólo esgrime duras palabras contra los autores de novelas, poesías y obras dramáticas, sino contra las más ridículas de las figu-

---

(5) *Op. cit.*, p. 285.

guras destacadas de la Restauración española. Los artículos de *Clarín*, por lo mordaces, implacables y agresivos, despertaron frenético revuelo. Su popularidad fué rápida, aunque no se le concediese en principio todo su verdadero mérito. Se ha dicho con justicia que *Clarín* vino a llenar el hueco que dejó en España la muerte de Larra, aquel otro crítico genial e incomprendido de la época romántica (6).

Pero Leopoldo no abandona sus estudios. En 1878 alcanza el galardón de Doctor en Derecho con su tesis *El Derecho y la Moralidad*, que está significativamente dedicada a su maestro universitario, D. Francisco Giner de los Ríos. El libro de Alas revela su posición en relación con las ideas políticas dominantes en su época y con el positivismo general. Ya entonces es Leopoldo uno de los escritores jóvenes más destacados en el periodismo, en la Universidad y en el Viejo Ateneo de Madrid (calle de la Montera). Como buen ateneísta, a la vez que prepara sus estudios superiores, discute con los compañeros y pronuncia charlas y conferencias polícoliterarias. Sin embargo, le esperaba un sensible fracaso a su gran amor propio: en las oposiciones a la Cátedra de Economía Política de la Universidad de Salamanca, a pesar de sus brillantes ejercicios, es víctima de una mezquina maniobra política y queda derrotado (1878). Pasa grandes temporadas en Oviedo y Carreño hasta que a fines de 1880 logra volver a Madrid, centro por ahora de su actividad literaria. En colaboración con su buen amigo, Armando Palacio Valdés, publica «*La Literatura en 1881*», colección de artículos de crítica literaria, y en junio de 1881, los célebres *Solos de Clarín*, su primera obra de importancia, en la que se dibujan ya todos los géneros de su prosa: cuentos, novelas cortas, crítica y «fantasías literariofilosóficas», género este último de la exclusiva creación de Leopoldo.

A los veintinueve años de edad ocurre un notable acontecimiento en su vida espiritual; se enamora profundamente de una joven asturiana, Onofre García Argüelles. Las relaciones sentimentales entre Leopoldo y Onofre no dejan de ser curiosas. Su novia padecía de una acentuada cojera que le hacía considerarse incapaz para la vida amorosa, rechazando, en consecuencia, todo proyecto de noviazgo. Pero Leopoldo, que también sentía enfermiza timidez a causa de su menguada estatura, logró finalmente convencerla. Con este nuevo horizonte dado a su vida, Alas siente más que nunca las preocupaciones económicas y prepara con celo las nuevas oposiciones a Cátedras. El año 1882 es año feliz para los novios, pues Leopoldo consigue la Cátedra de Economía Política de la Universidad de Zaragoza y puede casarse, al fin, con su adorada Onofre. Tras un curso en la Universidad aragonesa, Alas es trasladado a la Universidad de Oviedo donde ocu-

---

(6) Véase César Barja, *Libros y autores modernos. Siglos XX VJJJ y XJX*. Los Angeles, 1933, p. 370.

pa la Cátedra de Derecho Romano, que había de regentar hasta el fin de su vida. Desde 1883, el centro geográfico de nuestro autor ya no es Madrid, sino Oviedo; aquí se establece definitivamente, salvo las obligadas estancias veraniegas en el valle de Guimarán. En adelante sus visitas a Madrid serán rápidas y furtivas. En la corte, Leopoldo no podía dedicarse de lleno a sus trabajos literarios.

Dueño de un hogar feliz y de una esposa sensible y delicada, amante de las letras y de música, Alas trabaja infatigablemente, alternando sus lecciones universitarias con la crítica y la creación literarias. Desde hacía algunos años recogía apuntes y notas para su obra maestra, la novela de ambiente asturiano *La Regenta*. La publicación de esta obra (1884-85) fué señalada con sorpresa y hostilidad en Oviedo, cuyos habitantes se veían retratados fiel y cruelmente en la inmortal narración. Hasta el Obispo de la ciudad se creyó con derecho a intervenir, tachando la novela de alarde grosero y anticlerical. Leopoldo le contestó con una graciosa e irreverente carta que se publicó en un periódico madrileño (7). A pesar de ello, el Obispo ovetense y el crítico mordaz fueron buenos amigos después de algún tiempo.

*Clarín*, encerrado voluntariamente en su rincón asturiano, domina la vida literaria de la época con sus copiosos artículos, folletos y libros. No abandona sus ideas republicanas y prueba de ello son sus cordiales relaciones con el político Emilio Castelar, pero *Clarín* no era hombre político, y acaba de desengañarse tras un viaje a Madrid en 1886. Este mismo año publica Leopoldo su primer libro de cuentos, *Pipá*, en el que sus ideales naturalistas no difieren mucho de los manifestados en *La Regenta*. Sería difícil dar una idea del enorme trabajo que pesa sobre *Clarín* en estos sucesivos años. Asiduamente colabora en *El Imparcial*, el mejor periódico de la época, con lo que su fama literaria queda consagrada. Algunos enojosos incidentes le hacen ver lo peligroso de una crítica sincera; sus enemigos aumentan día a día, pero el tenaz asturiano no se descorazona y prosigue su noble labor cultural. Como dice Cabezas, a los 40 años, Leopoldo era ya un hombre casi agotado (8). En 1890 ya su celebridad rebasaba las fronteras nacionales; recibía cartas y libros del extranjero. Solo su correspondencia—parcialmente publicada por su hijo—(9) sería suficiente para llenar la actividad normal de un hombre. Galdós, Varela, Menéndez Pelayo, Echegaray, Campoamor, Palacio Valdés, Núñez de Arce, Unamuno, son, o dicen ser, amigos suyos (10). Sobre todo, sus *Paliques* y sus *Folletos Literarios* (1868-1891) le dieron gran nombradía. Leopoldo llega a ser concejal del Ayuntamiento de Oviedo y en ese car-

---

(7) Véase el texto de la misma en J. A. Cabezas, *op. cit.*, p. 141-7.

(8) *Op. cit.*, p. 178.

(9) Son los *Epistolarios* de que hablaremos más adelante.

(10) Sobre algunas de estas relaciones trataremos en el capítulo II.



go se preocupa celosamente de los intereses artísticos de la capital asturiana.

Hacia 1890 aproximadamente *Clarín* ya es famoso naturalista. En *Su último hijo*, segunda de sus grandes novelas; la evolución hacia un idealismo estético está bien clara. Su libro de cuentos «*El Señor y lo demás son cuentos*» representa una fecha decisiva en esta evolución. Por entonces atraviesa su espíritu una grave crisis moral. Pasa noches de largo insomnio y de sequedad literaria. La ideología irreverente de su juventud va a sufrir un sensible cambio. Es entonces cuando *Clarín* siente renovarse su corazón y vuelve a creer, con alegría y apasionamiento, en la espiritualidad religiosa del hombre. El escepticismo huye para dejar paso al optimismo del ser que comprende claramente su camino en la vida y los fines de la lucha terrenal. Al fin, Dios se le muestra en su interior. Sus *Cuentos Morales* (1895) llevan un prólogo muy importante en este sentido. Estrecha Leopoldo sus relaciones con el Obispo de Oviedo, a quien años antes había ridiculizado públicamente; le acometen dudas sobre su apostolado periodístico. Es ya otro hombre diferente. Por otra parte, cada día se siente más viejo y agotado, a pesar de su edad. El temor a la muerte, siempre latente en él, se desarrolla con mayor fuerza. Intenta ser autor dramático, pero su comedia en un acto, *Teresa* (1895), obtiene rotundo fracaso en Madrid. La muerte de su madre (1896), a quien siempre profesó encendida veneración (11), significa un terrible golpe para el gran crítico.

En sus últimos años *Clarín* vive solo con esfuerzos sobrehumanos. A esta época pertenecen sus campañas en pro de la elevación cultural y material de la vida obrera asturiana, su preocupación social, lejano recuerdo de Tolstoi. Pero son años duros y amargos, llenos del temor al más allá. Una tuberculosis intestinal que nunca quiso curarse le llevó rápidamente al sepulcro, mientras sus familiares intentaban apagar sus terrores infantiles con piadosas mentiras. Muere en 1901.

La rapidez de su tránsito le impide gustar de los últimos consuelos de la confesión cristiana.

---

Así fué, a grandes rasgos, la vida de Leopoldo Alas. Habríamos de hablar algo ahora acerca de su carácter y de su íntima personalidad, pero como este problema está íntimamente ligado al de sus ideas estéticas, será preferible aplazarlo para las conclusiones finales de nuestro estudio.

---

(11) Véanse las curiosas noticias sobre esta devoción filial que da A. Posada *op. cit.*, p. 32 y ss.

## CAPITULO II

«CLARIN», PALACIO VALDES, MENENDEZ PELAYO,  
VALERA Y UNAMUNO

Del mayor interés para situar con precisión la figura de nuestros escritores en su siglo, son las relaciones de «*Clarín*» con grandes personalidades de la época. Alas sostuvo una nutrida correspondencia epistolar con escritores de alta valía: poetas, novelistas, historiadores, ensayistas... Esta correspondencia empieza ahora a ver la luz, si bien muchas de las cartas cruzadas se nos han perdido, y —lo que es más lamentable— apenas se conservan algunas de *Clarín*, mientras abundan las de sus destinatarios. Hemos preferido estudiar la actitud espiritual de Alas y sus corresponsales a través de las cartas publicadas, antes que rastrear esas mismas posiciones en los escritos impresos de la época. En ellas hemos de ver con fiel veracidad lo que grandes autores españoles pensaban del crítico asturiano y también lo que éste sentía frente a ellos, sus admiraciones y sus reservas de opinión, sus entusiasmos y diferencias. Nos será permitido sorprender el alma de *Clarín* en sus más íntimas expansiones y desahogos, como documento inapreciable para el biógrafo y el estudioso.

## PALACIO VALDES

*Clarín* tuvo siempre entrañable amistad con su paisano Armando Palacio Valdés, novelista muy leído, autor de obras pronto traducidas a los principales idiomas europeos. Se habían conocido en Oviedo siendo muy niños y juntos estudiaron el Bachillerato. Palacio Valdés guardó en todo momento admiración y cariño profundo por su amigo, a quien reconocía dotes nada comunes para la alta crítica y la novela. Sus cartas a Leopoldo fueron publicadas en 1941, tres años después de la muerte de Armando (12). Comprenden un período que va desde el año 1883 hasta 1900, es decir, los años más fecundos de la vida de *Clarín*. Por desgracia, ni una sola carta de Leopoldo a Palacio Valdés ha podido recoger la mano filial de Adolfo Alas. Así, pues, aquí hemos de contentarnos con ver a *Clarín* a través de las cartas de su amigo, cosa bien difícil, como se comprenderá.

En este epistolario, Palacio Valdés se nos revela como un temperamento de brillantes cualidades naturales pero difusas y desparramadas por una sensible carencia de profundidad y entusiasmo. Era hombre de palabra fácil, de imaginación rápida y brillante, de ingenio nada vulgar, muy individualista, apegado a normas y costumbres ordenadas. Hay en él algo del autor provinciano, afable y hasta

---

(12) En el *Epistolario de Clarín*, prólogo y notas de Adolfo Alas, Madrid, ediciones Escorial, 1941.

bondadoso, aunque mordaz y egoísta en muchos casos. Su rasgo más destacado parece ser el de la vanidad literaria y el desprecio a los rivales en el arte. No podemos imaginarnos a Palacio Valdés sin pensar en sus ingeniosidades, en sus ocurrencias maliciosas, en su poder de improvisación y en ciertos gustos hogareños que le definen por entero.

El mismo Palacio Valdés nos dará algunos rasgos característicos de la personalidad de *Clarín*. Armando consideraba a su amigo como hombre polémico y trabajador infatigable; en una carta dice: «Dado tu genio batallador y tu actividad, es imposible que respire bien en ese calabozo intelectual (Oviedo)» (13). Leopoldo se nos va mostrando como lleno de dudas y de inquietudes con respecto a multitud de problemas, a medida que se aleja de la juventud; y Armando le anima siempre. Le recomienda que no sea trasnochador, que madrugue (14); que no se preocupe tanto por el porvenir de sus hijos (15)... Comprende que haya de ganarse la vida con sus artículos y publicaciones, dolorosa obsesión de *Clarín*, a quien siempre atormentó la prisa con que había de escribir para atender a las demandas incesantes de revistas y editores (16). Los anemigos numerosos de *Alas* aparecen a cada momento en las cartas de Palacio Valdés (17). Aprueba el autor de *La fe* la decisión de su amigo de ser crítico imparcial y severo de las debilidades literarias (18), pero le hace algunas objeciones: ¿cómo es que trata bien al insufrible Núñez de Arce (19) y a Galdós (20)? Por otra parte, los dos compañeros coincidían en principio al tener casi idénticas opiniones religiosas; los dos pasan de un escepticismo a veces irreverente a un profundo fervor cristiano. La existencia de una conciencia religiosa en *Clarín*, aun antes de que éste la hiciese pública y la conformase a su ideal de vida está patente en las cartas de Palacio Valdés, quién, consolando al amigo por la muerte de su padre, escribe «...los hombres de creencias y que conocen como tú la vida, saben convertir la desesperación en honda tristeza, fecunda en nobles y elevadas ideas» (21). Ya hemos señalado antes (22) la impresionable sensibilidad de *Clarín* ante la muerte

(13) Epistolario, 1941, p. 121, carta sin fecha, que será de finales del año 1884, pues habla de *La Regenta* como publicada.

(14) «Te lo he dicho muchas veces y te lo repito: debes levantarte temprano y trabajar por la mañana», *op. cit.*, p. 137, carta del 25 de abril de 1888.

(15) *Op. cit.*, p. 157, 2 de abril 1895.

(16) *Op. cit.*, p. 160, 12 noviembre 1899.

(17) Véase en la *op. cit.* las págs. 140 y 156, por ejemplo.

(18) *Op. cit.*, 129, p. 142, por ejemplo.

(19) *Op. cit.*, p. 142, p. 136.

(20) *Op. cit.*, p. 129-130.

(21) Carta del 28 de noviembre 1884, *op. cit.*, p. 123.

(22) Véase *supra*, cap. I.

de cualquier ser querido y los temores que le acongojaban sobre su propia suerte. En este sentido, tan íntimamente emparentado con el sentimiento de la divinidad, es curioso señalar la honda perturbación que produjo en su alma la muerte de su hermana, ocurrida cuando *Clarín* era todavía un niño. Nos cuenta el mismo Alas, en frases impresionantes, sus alucinaciones y vagas esperanzas, su conciencia inquieta y aterrorizada por el prodigio sobrenatural: «El amor que se tiene a las hermanas es una pasión santísima: yo sólo lo comprendí cuando perdí a la mía; cada dos o tres días sueño con ella y sueño que está viva, que está entre casada y soltera, entre viva y muerta, herida de enfermedad mortal, pero que vivirá mucho si la cuidamos con gran esmero y yo, siempre en sueños, me desvivo por curarla... nunca se lo he dicho a mi madre, pero esto sueño» (23).

Dada la similitud de ideas religiosas existentes en el espíritu de los novelistas, se extrañarán las siguientes palabras de Palacio Valdés, refiriéndose a su obra *La fe*: «...en ella tienes tu casi tanta parte como yo. Nuestros espíritus están tan compenetrados que nada de lo que hagamos aisladamente nos pertenecerá por completo» (24). Y otra vez le dice que «lo que nos da superioridad sobre todos (los enemigos de nuestro arte) es que tenemos un poco de religión» (25). Esto escribía Armando en 1891. Ocho años más tarde, anuncia jubilosamente la buena nueva: «Me he convertido sincera y absolutamente al cristianismo» (26). Hacia esta época, la amistad entre Alas y Palacio Valdés debía haber sufrido un eclipse o, por lo menos, cierto enfriamiento (27); pero las últimas cartas de Armando insisten en este renacimiento espiritual al catolicismo: «Sigo cada vez más convencido de la verdad del Cristianismo... Deseo de corazón que coincidas conmigo en el acatamiento y el amor que debemos, y que sé que tu sientes cada día más, a la sabia religión en que Dios nos ha hecho nacer» (28). Acaso fuese ésta la última carta que escribiera Armando. Al menos, es la última del Epistolario publicado. Y no deja de ser significativa esta interrupción en el momento en que los dos amigos, cada uno por su lado, habían resuelto el pavoroso problema de nuestro destino en la tierra.

Falta ahora por ver el juicio de Palacio Valdés sobre las obras creadoras de su compañero, así como el lugar que le asignaba en relación con su actividad literaria. El concepto de Armando sobre la valía real de las obras artísticas no po-

---

(23) Esta magnífica carta fué publicadada fragmentariamente por A. Posada en su citado libro, p. 136. La escribió *Clarín* en Candás y no lleva fecha, pero debe ser de 1876 ó 1887.

(24) *Op. cit.*, p. 148, 2 diciembre 1891.

(25) *Op. cit.*, p. 149, 2 diciembre 1891.

(26) *Op. cit.*, p. 159, 12 noviembre 1899.

(27) *Op. cit.*, p. 160, por ejemplo.

(28) *Op. cit.*, p. 161, 3 enero 1900.

día ser superficial, ya que respondía al éxito que en el extranjero despertaban sus novelas de galano estilo y fácil lectura: «Todas las obras tienen defectos, pero si se consigue crear una cosa que impresione a mucha gente se ha hecho bastante: si se consigue que esta impresión sea duradera y se renueve en otras generaciones, se ha llegado a la cima del arte» (29). El autor de *Maximina* hace entrar por igual en su desprecio novelesco a Pereda, Galdós y Valera. Sólo *Clarín* y él mismo sobresalen en la vulgaridad ambiente. «Si tú y yo no nos aborrecemos también es porque sin ser unos geniazos, pertenecemos a la raza de los Goethe y los Schiller» (30). No admite el que Leopoldo se deje llevar por el pesimismo en ningún sentido, ni como novelista, ni como crítico: «Respecto a tu opinión sobre *la Regenta* y en general sobre la que escribes, creo que haces mal. Me he convencido que no es posible escribir sin creer que se fabrican obras bellas y, en ciertos momentos, obras maestras» (31). Y en otra ocasión: «No estoy conforme con el retrato que haces de tí mismo. Tú no eres un diletante del criticismo. Eres y has sido siempre un humorista-místico por el estilo de D. Francisco de Quevedo» (32). ¿Hasta qué punto son sinceras las palabras de Palacio Valdés?. No será injusto suponer que Armando veía en su amigo, ante todo, al crítico que podía elogiar sus libros y hacer que éstos se vendiesen con mayor rapidez. De todas formas, parece que tenía en gran aprecio la enorme labor de su compañero, cada día más escéptico en cuanto se refería a las propias dotes literarias. Basta con los fragmentos citados de las cartas anteriores para desechar de una vez la leyenda que presentaba a Leopoldo como insufrible pedante y crítico ególatra. Por el contrario, fué un hombre vacilante en muchas cosas; a medida que pasaron los ímpetus juveniles, llegó a inquietarle el problema de su vocación literaria. Atravesaba por frecuentes crisis de melancolía y de duda íntima. Temía a menudo—cosa terrible para un crítico—el equivocarse en sus juicios, el ser demasiado intransigente; temía también que la pura literatura no fuese su camino firme.

Respecto a las obras maestras del Leopoldo novelista, tenemos algún juicio aislado de Palacio Valdés. No se nos conserva el que sin duda formuló sobre *La Regenta*, si no es a través de la comparación que hace con *Su único hijo*. De ésta última obra habla ampliamente en una carta, acabando por decir: «El libro es en suma, a mi juicio, del género exquisito, producto de un cerebro maduro que sabe de dónde viene y a dónde va, bien superior por cierto a las últimas producciones de Pereda y a los recientes mazacotes de Galdós...» (33) *La Regenta*, era, a

---

(29) *Op. Cit.*, 138, 25 abril 1888.

(30) *Op. cit.*, p. 149, 2 diciembre 1891.

(31) *Op. cit.*, 137-138, 25 abril 1888.

(32) *Op. cit.*, p. 159, 12 noviembre 1899.

(33) *Op. cit.*, 146-147, 18 de julio de 1891.

su entender, superior a la otra novela en «amplitud de descripción» y «riqueza de caracteres», pero inferior en «composición» literaria (34). Más adelante, cuando hablemos de la obra creadora de Alas, tendremos ocasión de volver sobre estos y otros juicios críticos de Palacio Valdés.

#### MENENDEZ PELAYO

Llegamos a una de las figuras más reciamente españolistas y ortodoxas del siglo XIX: Marcelino Menéndez Pelayo, genial investigador y crítico, «el hombre de más delicado gusto que ha tenido España», en opinión del doctísimo D. Ramón Menéndez Pidal. No es ésta la ocasión de aquilatar sus méritos ni siquiera de bosquejar su enorme producción intelectual. Baste decir que Menéndez Pelayo sostuvo muy cordiales relaciones con *Clarín*, sin que fueran obstáculo para ello las diferencias ideológicas que les separaban en varios aspectos. Habían sido condiscípulos en las asignaturas del Doctorado de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Numerosas veces se refirió Alas a esta época escolar de su vida, con frases rebosantes de asombro y admiración por su ilustre amigo (35). Tanto uno como otro eran almas comprensivas y nada fanáticas, que sabían distinguir los valores de la inteligencia y del corazón, separándolos de los puramente políticos o religiosos. El rasgo fundamental de este epistolario—aquí tenemos ya las cartas del propio Alas—es el del respeto mutuo y la máxima moderación en la exposición de ideas. Saben los dos condiscípulos, a quienes la vida ha hecho desviar por muy distintos caminos, que existen cuestiones espinosas para ser tratadas con ruda sencillez; por ello, se disculpan al insistir sobre tales problemas. Cada uno está muy atento a la evolución espiritual del otro y se alegra de corazón con sus avances hacia la serenidad y el calor humano. La amistad de M. Pelayo y *Clarín* no se interrumpió nunca y es uno de los ejemplos más altos de hermandad espiritual entre españoles de bandos opuestos y a quienes todo parecía obligar a odiarse de buena fe.

Menéndez Pelayo empezó su carrera distinguiéndose como encarnizado polemista; será suficiente recordar sus artículos y campañas en pro de la rehabilitación científica de la España del Siglo de Oro, su defensa de la Inquisición, etc. Leopoldo Alas, que partía de bases muy diferentes, llegó a estar de acuerdo con

---

(34) *Op. cit.*, 146.

(35) Véase los extractos de obras de *Clarín*, seleccionados por su hijo Adolfo y referentes a su amistad con Menéndez Pelayo, en el *Epistolario* entre M. Pelayo y *Clarín*. Madrid, Ediciones Escorial, 1943. Adviértase que es obra distinta del *Epistolario* de 1941. La de 1943 lleva un interesante prólogo de Gregorio Marañón, donde se analiza con penetración la afinidad espiritual entre los dos grandes escritores.

D. Marcelino en muchos aspectos con aquella generosidad de ánimo que tanto le distinguió. Afirmaba que «en lo que más importa, pensamos lo mismo y amamos lo mismo», según una carta dirigida al exilario santanderino (36).

Por suerte, hoy pueden leerse las numerosas epístolas cruzadas entre M. Pelayo y Juan Valera (37) en los que hay abundantes alusiones al crítico asturiano. De esta forma, los juicios de Menéndez Pelayo sobre Alas son de dos categorías; los directamente dirigidos a Leopoldo y los escritos a sus espaldas. De los dos nos aprovecharemos en las notas que siguen.

A juzgar por sus cartas, D. Marcelino no era temperamento que se apasionase con facilidad por sus amigos. Unamuno, con su prodigiosa intuición, ya advirtió esta frialdad esencial del carácter de M. Pelayo. Sus epístolas a *Clarín* no desmienten esta idea. Son corteses, afables, dignas; pero rara vez penetran en la intimidad. Jamás habla M. Pelayo de su mundo espiritual; sólo de libros y lecturas. A veces apenas verle sumergido en ese universo literario sin parecer acordarse de ninguna otra cosa. En cambio, Alas es todo nervio y entusiasmo; se llena de emoción y de ternura, ríe, grita o llora por cualquier cosa; es como un niño, impresionable y sincero. Por el autor de los *Heterodoxos* sería capaz de todo; él pide opiniones, le envía sus libros, le elogia sin cesar; le envidia noblemente y le admira; le maravilla su enorme saber, sus conocimientos del griego y del latín; su férrea voluntad de trabajo, su fe en Dios y en sí mismo. *Clarín* gozaba como nadie por los triunfos de M. Pelayo y cuando estuvo en su mano le dió para popularizar su figura. Asombran su generosidad sin límites, sus reproches cariñosos al «maestro» que a veces le trata con formulismos oficiales. La bondad profunda de Leopoldo, su ansia de encontrar un refugio espiritual en una gran personalidad conocida, son patentes en estas cartas escritas a prisa y corriendo, con cierta alegría infantil a veces, pero siempre con nobleza absoluta. Las epístolas conservadas alcanzan el tiempo comprendido entre 1883 y 1900, pero con interrupciones considerables.

Hay que destacar, ante todo, la humildad de *Clarín* ante su genial discípulo; apenas hay una de sus cartas que no contengan una justificación que nadie le ha pedido, apenas hay una en que no asome la timidez que le acomete de carterarse con aquel amigo a quien considera un coloso de las letras. Se siente inferior a él, no sólo culturalmente, sino hasta como hombre y como escritor. Quiere disculparse ante M. Pelayo, hablándole de sus necesidades económicas y de sus hijos: «Yo ahora—le dice—no escribo más que para el cocido (tengo dos hijos ya)» (38). En otra ocasión, escribe: «Amigo, tres hijos son muchos hijos y sa-

---

(36) Véase el *Epistol* de 1943, p. 32, carta del 12 de diciembre de 1884.

(37) *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, Madrid 1946.

(38) *Epistolario* 1943, p. 48, 12 marzo 1888.

len a muchos artículos cada uno» (39). Como siempre, juzga terrible pecado la posibilidad de no ser novelista y haberse equivocado: «Estoy desorientado, dudo de mí en grado máximo, se me antoja ridículo a ratos haberme creído semi-novelistas» (40). En el mismo Leopoldo de todos los momentos, el hombre sincero, ansioso de confidencias, el que aquí nos habla, ¡Hubiera deseado ser tantas cosas! Ante todo, perfeccionar su educación cultural, que consideraba pobre, en comparación con la de su amigo. No es que *Clarín* no hubiera leído mucho y sobre materias muy variadas, pero le dolía no haberlo hecho con un sistema definido. A veces se arrepiente de no haber proseguido sus estudios de alemán: «Pienso volver ahora con fuerza al alemán, pues tengo muy olvidado lo poco que sabía» (41). Un año antes de morir, lamenta no poder dedicarse de lleno al estudio de los clásicos nacionales y escribir detenidamente sobre ellos: «...mis lecturas, pensamientos y aficiones cada día me alejan más de la esperanza de llegar algún día a estudiar lo suficiente de nuestras letras antiguas para poder, sin ser ridículo por mi pobreza documental, decir algo de lo mucho que inspira en mí ánimo y fantasía la lectura de nuestros grandes autores» (42). He aquí una distinción fundamental entre el asturiano y M. Pelayo: *Clarín* reconoce el valor de la erudición y del acopio de datos científicos, pero no se siente con fuerzas ni con tiempo para llegar a ella. Muchos de estos proyectos de Leopoldo nacen simplemente ante su mesa de trabajo, cuando se disponía a escribir a su amigo; son como el resultado de un cotejo semiinconsciente con la personalidad del «maestro». La docilidad de Alas se ve patente cuando espera la opinión de M. Pelayo sobre alguno de los autores que más influencia ejercieron en el ánimo de Leopoldo; así, refiriéndose a Renan, escribe: «Es Vd. de los pocos europeos cuya opinión podría influir en la mía hasta el punto de hacerme *repensar* mi juicio...» (43).

Hombre todo corazón fué Alas. De cuando en cuando vierte su alma en estas cartas íntimas, no destinadas a la publicidad: «Bueno que Vd. sepa muchísimo más que uno, ¿pero tanto, tanto? Por muy modesto que me quiera hacer, tengo que declarar que mi pobre cabeza era digna de menos ignorancia. No entiendo mal del todo las cosas, ¡pero sé tan poco!» (44). En efecto, *Clarín* no tenía nada de modesto en sus años mozos; la humildad y la mesura parecen incompatibles con el arriesgado papel de crítico que aceptó tan valientemente. Más bien hemos de considerarle como hombre de gran amor propio, confiado en sí mismo

---

(39) *Op. cit.*, p. 51, 9. junio 1891.

(40) *Op. cit.*, p. 48, 12 marzo 1888.

(41) *Epistolario*. 1943, p. 42, 12 marzo 1888.

(42) *Op. cit.*, p. 111, 23 marzo 1900.

(43) *Op. cit.*, p. 66, 12 octubre 1892.

(44) *Op. cit.*, p. 66-67, carta sin fecha, pero que debe de ser de fines de 1892 o principios de 1893.



en muchas ocasiones, sin embargo, su trato con M. Pelayo hizo cambiar algunas de sus ideas y hasta desplomarse en él aquella seguridad juvenil tan característica. Su alma quiere desnudarse por completo ante el autor de *Haracio en España*: «Hágame Vd. el favor, ahora y siempre, de apreciarme a mí un poco más que a mis escritos...» (45).

Leopoldo, llavado por su deseo de servir y honrar al ilustre polígrafo, le consigue, no sin esfuerzos, un nombramiento de Senador por la Universidad de Oviedo, venciendo la oposición de liberales y conservadores en el seno del Centro. Sus cartas sobre este asunto son de lo más interesantes por la intensa alegría, embriaguez amistosa y afecto profundo que respiran. A pesar de que M. Pelayo hizo poco caso de las obligaciones de su cargo, *Clarín* consigue que sea reeligido, y entonces dedica a su condiscípulo una epístola cargada de emoción. No puede soportar que Marcelino le trate con despego o con indiferencia; le hace dulces reproches de amistad, pero finalmente—siempre en la misma carta—acaba de justificarle: «Que hay que dispensar mucho a quien está tan ocupado como Ud., ya lo sé. Yo le dispenso, y por eso, porque en el fondo, no estoy ofendido de veras, le hablo de mi *agravio* (oh, ilustre distraído!)...» (46). Sabe perdonar fácilmente este Leopoldo nada rencoroso, aunque la contestación del santanderino se haga esperar mucho tiempo. No parece que Menéndez Pelayo se diese cuenta clara de esta cercanía efectiva, de estas expansiones sentimentales de *Clarín*, algo indefinible envuelve su corazón y le impide contemplar la verdad que tan cerca tenía (47).

Ahora será el mismo Menéndez Pelayo quien nos hable de sus ideas sobre *Clarín*, ya dirigiéndose a éste, ya a Juan Valera. Para el maestro de la historia literaria española, era Alas un crítico excelente, el mejor de la España de su época. Cierto es que en un principio sus juicios sobre Leopoldo—al igual que los de Valera—no fueron tan elogiosos, y que siempre formuló ciertos reparos y distinguos a la ingente labor del asturiano. De todos modos, supo D. Marcelino reconocer la valía de *Clarín*, ya que no acertó a calarle como hombre y como escritor. Se ha de tener en cuenta que M. Pelayo tenía poderosos motivos para estar agradecido de su amigo, ya que éste fué uno de los pocos que aquilató en su justo valor la actividad originalísima y enciclopédica del santanderino. En aquel ambiente muerto o casi muerto para las novedades intelectuales, sólo Leopoldo dejó oír su voz que entonaba un ferviente himno de admiración en alabanza de M.

---

(45) *Op. cit.*, p. 68, la misma carta que la de la nota anterior.

(46) *Op. cit.*, p. 98, 28 abril 1896.

(47) Abundan en el Epistolario de Leopoldo las observaciones sobre su concepto del arte y de la novela; no obstante, dejaremos de incluirlas aquí para analizarlas más adelante.

Pelayo. Este lo reconoce: «Las palabras de V. D., oídas siempre con respeto y atención en España, tienen para mí doble valor por ser casi las únicas que sobre mis libros se escriben» (48). Y, hablando de la indiferencia con que era acogida su *Historia de las Ideas Estéticas*: «El aprecio de Vd. y de otros muy pocos amigos inteligentes es lo único que me hace perseverar y me alienta» (49). El principal reproche que hacía a su antiguo condiscípulo era el de sus desequilibrios en la censura literaria. Ve en Alas «un talento crítico de los más originales y vigorosos, al cual no le falta más que sacudir el yugo de ciertas antipatías, quizá instintivas, y ver todas las cosas con serenidad absoluta» (50). Con tenaz perseverancia catequista, M. Pelayo mide los progresos que hace su amigo hacia la espiritualidad religiosa. Ya en 1884, *Clarín* le decía: «También le agradezco a Vd. su buen deseo de que Dios me lleve a sus ideas» (51). Y en 1891 hacía esta elocuente confesión: «Lo que yo espero es que Vd. no vea en esta profunda idealidad y hasta religiosidad mía (paso media vida pensando en Dios) prurito de seguir corrientes extranjeras de última moda» (52). Menéndez Pelayo, por su parte, no perdona ocasión de insistir en el tema cristiano. Con motivo de un Discurso de Alas en la apertura del curso 1891-1892 en la Universidad de Oviedo, le escribe: «... se me ensancha el alma cuando veo a un liberal como Vd. coincidir conmigo en lo esencial del terrible problema de la enseñanza, que nadie, ni liberal ni conservador, se atreve a plantear aquí en sus verdaderos términos, es decir, la absoluta necesidad de la educación religiosa, no ya sólo para que la vida colectiva no acabe de disolverse, sino, lo que importa más, para la salvación del alma propia, como quiera que esto se entienda...» (53). Al dar el pésame por la muerte de la madre de *Clarín*, no se olvida de exhortarle a guardar «aquel espíritu religioso que con tanta sinceridad ha mostrado Ud. en sus últimos escritos, y que tanto nos agrada a los que bien le queremos» (54). Por último, felicitaba a Leopoldo por haber obandonado el Krausismo, «aunque no dejen de quedarle ciertos ras- tros y vestigios...» (55).

En sus cartas a Valera, Menéndez Pelayo se muestra más desenfadado y abierto. Sin duda critica a *Clarín* algunas veces, pero no como personalidad completa sino por sus juicios sobre tal o cual autor desdeñado por el santanderino. No

---

(48) *Op. cit.*, p. 52, 16 septiembre 1891.

(49) *Op. cit.*, p. 50, 31 enero 1889.

(50) *Op. cit.*, p. 41, 13 mayo 1887.

(51) *Op. cit.*, p. 32, 12 diciembre 1884.

(52) *Op. cit.*, p. 55, 6 octubre 1891.

(53) *Op. cit.*, p. 57, 26 octubre 1891.

(54) *Op. cit.*, p. 102, 5 septiembre 1896.

(55) *Op. cit.*, p. 110, 8 abril 1898.

vamos a pensar que Leopoldo fuese el modelo del crítico perfecto para M. Pelayo; no, le faltaban algunos atributos considerables, entre ellos—¡cómo no!—el de su precaria educación humanística. He aquí la semblanza más sincera que de *Clarín* haya trazado la pluma de M. Pelayo: «El mismo *Clarín*, que de los (críticos) más leídos y discretos, gusta mucho de andarse por las ramas, y muy pocas veces se penetra del espíritu de los libros, a no ser dramas o novelas, que en esto suele tener muy buen ojo, aunque adolezca a veces de parcialidad y se extreme en el encomio o en la censura sin razonable fundamento para tales extremos. En materia de poesía lírica no tiene tan buen gusto, y a veces lo tiene rematadamente malo. Lo creo poco sensible al encanto de la forma, porque su primera educación clásica fué bastante descuidada. Pero tiene agudísimo ingenio, y quizá llegará a fuerza de estudio a suplir lo que le falta. De todos modos, no hay en la nueva generación quien se le pueda poner delante. ¡Lástima que el modo acerbo que usa le haya grangeado tantos y tan feroces enemigos, los cuales, además, con sus injusticias y alharacas contribuyen a precipitarle más y más en el camino de la esperanza y de la violencia!» (56). Quien habla aquí no es el M. Pelayo historiador y crítico, sino el poeta amigo de los clásicos grecolatinos, el cantor de «Aglaya» y otras damas aristocráticas. Como se ve, el santanderino conjuga aplausos y censuras, rectificando a cada paso, como quien teme no pisar terreno firme. A pesar de todo, de esta carta se desprende—dado el gusto severo de M. Pelayo—una latitud francamente elogiosa para Leopoldo Alas. No dejó de observar el gran polígrafo la evolución interior del hombre *Clarín*, y así lo señala en una carta: «Cada día se va haciendo menos áspero y más tratables y optimista» (57). Reconoce igualmente las enormes dotes de Leopoldo como novelistas; si bien le repugna estéticamente su tendencia naturalista (58).

#### VALERA

No existen o, al menos, no se han publicado las cartas de Valera a *Clarín*; si las del cordobés a M. Pelayo, en las que de cuando en cuando se hacen referencias a Leopoldo. Conocida es la personalidad de don Juan Valera, diplomático y escritor insigne, poeta, novelista, autor dramático, crítico literario; hombre de exquisito gusto, de grande y selecta cultura, de temperamento amigo de la comodidad y la belleza. Aquí sólo nós interesan sus referencias a *Clarín*. Valera de naturaleza impresionable y ondulante, ha emitido muy diversos juicios sobre nuestro autor. No le perdona que elogie sin medida al prosaico Campoamor o que

---

(56) *Epistolario entre Valera y Menéndez Pelayo*, Madrid, 1946, p. 281, carta 202, 29 julio 1886.

(57) *Op. cit.*, 378, carta 272, 16 mayo 1887.

(58) *Op. cit.*, p. 234, p. 433.

zahiera a Ferrari; que aplauda los detestables dramas de Eugenio Sellés, etc. Pero, a pesar de todo, muy pronto ha de reconocer que *Clarín*, a pesar de sus manías, es de lo que más vale» (59) y aconseja a M. Pelayo que «importa traerle del lado nuestro y quitarle un poquito de su mucho entusiasmo por Echegaray y Pérez Galdós...» (60). Tres años más tarde, admite grandes valores en el crítico asturiano: «Miro yo a *Clarín* con el más discreto, inteligente y ameno de nuestros críticos de hoy que se ocupan en hablar de los autores contemporáneos, sin desconocer que es apasionado hasta la injusticia...» (61). Fácil es de comprobar que los gustos literarios de Valera y M. Pelayo eran idénticos o muy parecidos. Cuando Valera espera que *Clarín* hable del tomo de poesías de M. Pelayo, no puede reprimir su impaciencia, ¿qué dirá de él? (62). Si es el propio cordobés el autor de los versos publicados, su ansiedad redobla (63). Por in, lee «el artículo de *Clarín* en mi elogio, y verdaderamente no se cómo agradecerle tanta bondad y generosidad, poco o nada común entre nuestros literatos» (64). Estas son palabras de autor agradecido, al fin y al cabo. Valera y M. Pelayo sentíanse poetas, antes de cualquier otra cosa; esta vocación irresistible les unía más y más, sobre todo porque su lírica era de gustos clásicos y de eruditos, por ello sorprendió aún más a Valera el aplauso generoso de Alas. A pesar de ciertas frases irónicas, la estimación del autor de *Pépita Jiménez* por *Clarín* creció con el curso de los años. En los momentos en que sus antiguas creencias escepticistas sufrían rudos embates y soñaba con una restauración intelectual de la España de su tiempo, Valera incluía a Leopoldo entre los promotores del movimiento: «Vamos a ver si entre usted (M. Pelayo), Alas, algunos otros, y yo, aunque flojo, resucitamos por completa la mente española, con las condiciones que en el siglo XIX, y aún XX, conviene que tenga... Es menester combatir el barbarismo extranjero, el arcaico y el liberalismo también» (65). Por último, hay que decir que el elegante prosista andaluz estimaba en mucho la producción novelesca de *Clarín* (66).

### UNAMUNO

Y llegamos al término de nuestra labor de acotadores de la correspondencia de *Clarín*. No son muchas las cartas que M. Unamuno cruzó con el crítico astu-

---

(59) *Epistol, entre V. y M. Pelayo*, 147, carta 109, 5 marzo 1883.

(60) *Op. cit.*, p. 147-148.

(61) *Op. cit.*, p. 271-272, carta 196, 16 junio 1886.

(62) *Op. cit.*, p. 148, 150, 151.

(63) *Op. cit.*, p. 273.

(64) *Op. cit.*, p. 276, carta 199, 1 julio 1886.

(65) *Op. cit.* p. 411, carta 294, Bruselas, 2 noviembre 1887.

(66) *Op. cit.*, p. 430, por ejemplo.

riano; tampoco sus relaciones fueron muy cordiales por parte del último, como veremos. Sin embargo, constituyen un monumento inapreciable para la historia del espíritu del genial autor vasco. Era Unamuno (1864-1936) doce años más joven que *Clarín* y durante mucho tiempo los escritos de Alas removieron en su conciencia profundas tempestades. El catedrático de Salamanca bebió en las obras de Leopoldo con harta frecuencia, reconociendo siempre la importante deuda ideológica que con él había contraído. Unamuno, que seguía paso a paso la evolución de *Clarín* y que ansiaba ardientemente darse a conocer por entero, aprovechó un fútil pretexto para comunicarse con su maestro. Con fecha 28 de mayo de 1895 escribe D. Miguel su primera carta a *Clarín*, dándose a conocer y haciéndole varias observaciones lingüísticas sobre un artículo que aquél había publicado en *El Imparcial* de Madrid. Al final de la epístola, no puede contener su nerviosa curiosidad y revela el verdadero propósito que le guiaba a escribirle: «... usted, que tiene penetración y experiencia, verá desde luego lo que hay de pretexto en la ocasión de que me he servido para dirigirle esta carta. Y no digo más» (67). Más tarde, le confiesa haber visto «uno de sus más asiduos lectores...» (68). Se encuentra Unamuno en momentos de honda perplejidad espiritual; su alma en un hervidero continuo de sentimientos; su mente bulle de pensamientos. Quiere dejarse oír en España; tener un público amplio; saber si sus escritos encierran verdaderas novedades. Y, a la vez, una irresistible simpatía le arrastra hacia *Clarín*, figura para él gigantesca y en la que ante todo busca su secreto humano, sus congojas íntimas. Unamuno era todo pasión y todo intelecto; sus cartas se distinguen por un ardor casi inextinguible, como si estuviesen tocadas por un oculto fuego de amor inextinguible. Su aparente soberbia de algunos momentos se desploma ruidosamente cuando cree tener un oído amigo. Hemos de considerar sus relaciones con L. Alas como una verdadera tempestad sentimental, un huracán afectivo que todo lo borra, y que no deja de ser nunca viril, vibrante, impetuoso. *Clarín* no llegó a entender la fuerza psicológica y la sinceridad angustiosa del vasco; parece haberle escrito poco y sin entusiasmo. M. Pelayo se mostró poco íntimo con Alas, éste se mantuvo cortésmente alejado de las frases tumultuosas de Unamuno. ¿Cómo pudo estar tan ciego?

No se había ocultado a la perspicacia del Catedrático de Griego la metamorfosis espiritual de Leopoldo: «He seguido con interés y cuidado la última dirección de usted, su período místico en cierto modo, y tanto su artículo necrológico acerca del P. Ceferino, como «Chiripa», como otros trabajos de usted, me han sugerido mis ideas...» (69). Unamuno quiere entrar en seguida en el terreno de

---

(67) *Epistol.* de 1941, p. 46 y 55.

(68) *Op. cit.*, p. 49, 31 mayo 1895.

(69) *Op. cit.*, p. 53, 31 mayo 1895.

las confidencias: «Yo también tengo mis tendencias místicas...»(70). Y, a este propósito, le cuenta el argumento de un cuento que piensa escribir, de índole autobiográfica, acerca de un joven muy religioso que llega a perder la fe. Concluye: «Hasta que tenga el hombre el cristianismo en la médula no tendrá otro remedio que conservar sus formas; sin *forma* no hay conciencia y por éstas tiene que pasar lo que haya de organizarse en el hondón del espíritu» (71). Clara se ve aquí la actitud religiosa de Unamuno, para quien el amor a Dios ha de llevarse tan en lo íntimo del alma que no haga falta luego creer en Él. En este y en otros puntos es lo más probable que los dos escritores coincidiesen plenamente: ambos pasaron de la conciencia más arraigada a la pérdida de su ideal, y finalmente, volvieron al cristianismo entendido según una concepción muy particular y nada rutinaria. Para los dos, el sentimiento religioso se convierte en una obsesión, en el problema central de la vida; a él ligan la reacción ante la muerte y el más allá, el destino de la propia obra literaria, la vocación artística y la vida en el hogar.

Según Unamuno, el mérito supremo del escritor era hacer pensar a sus lectores, y este mérito lo reconocía como existente en *Clarín*: «Es usted no ya el primero, casi el único escritor español que me hace pensar» (72); es «el literato y pensador español a quien debo más ideas, gérmenes de ideas y cabos de hilo» (73). He aquí un nuevo aspecto de *Clarín*; ya no es sólo el hombre, o el novelista, o el crítico, sino el *pensador*, el renovador de ideas en España. A Unamuno se debe este juicio tan verdadero, que hoy está plenamente justificado. Tampoco deja de notar el autor vasco la mayor amplitud de criterio que se translucía con los años en la obra de Alas: «A usted, como a D. Marcelino (M. Pelayo), con los años se le va ensanchando y serenando el criterio, que nunca creo fué cerrado» (74).

Gracias a estas cartas rebosantes de entusiasmo, logró Unamuno que *Clarín* publicase algunos artículos sobre sus trabajos literarios. Faltaba, sin embargo, la prueba decisiva. Unamuno envía en diciembre de 1896 al crítico asturiano su novela *Paz en la guerra*, obra amorosamente cuidada y constituida, de carácter autobiográfico, y en cuya composición invirtió siete años. Esperaba las palabras de su amigo con enorme curiosidad e inquietud, pues siempre consideró el vasco esta novela suya como hija predilecta de su espíritu. Pasa el tiempo corren los meses, y *Clarín* no da muestras de interesarse por ella, ni siquiera de haberla leído. Unamuno sufre una dolorosa impresión, pero sabe callar. Al fin cuatro años después,

---

(70) *Op. cit.*, *ibidem*

(71) *Op. cit.*, p. 55.

(72) *Op. cit.*, 57.

(72) *Op. cit.*, p. 61, 2 octubre 1895.

(74) *Op. cit.*, p. 64, *idem*.

con motivo de haber publicado Alas un artículo sobre los *Tres ensayos* de Unamuno, éste le dirige una extrañísima carta. Allí juega Unamuno su última carta con *Clarín*, volcándose por entero en la confianza, desgarrando su alma a fuerza de asombrosa sinceridad y genial inspiración. Es dudoso que exista en ninguna lengua una carta tan desnuda, humana y que revele tan implacable sufrimiento como ésta: «Esta carta va a ser una confesión, voy a desnudarme en ella y alguna vez a desnudarle el concepto que de usted tengo formado» (75). Nada detiene a Unamuno en esta confesión espiritual; se muestra tal como es; reconoce sus deudas con *Clarín*, el deseo de triunfar en la literatura; los reproches que él y otros dirigen al maestro; su desilusión ante el silencio de Leopoldo sobre *Paz en la guerra*... Se toma a sí mismo como símbolo de la juventud estudiosa y exhorta a *Clarín* a que hable sobre ella y la defienda. Por esas páginas estremecidas cruza el alma atormentada de Unamuno, presa de cambios súbitos, oscilantes entre la humildad y el orgullo, entre la amarga ironía y la veneración casi filial. El monólogo se convierte a veces en diálogo frenético, convulso, alcanzando un patetismo espiritual inolvidable. Para poder ser más sincero todavía habla de sí mismo en tercera persona. Ante todo, trata de mostrar a Leopoldo la identidad espiritual que entre ellos existe: cómo los dos han sido igualmente incomprendidos y calumniados por la multitud: «Y él (Unamuno), que ve cuán mal juzgan estos flujos y reflujos de su conciencia, veía con cuanta ligereza juzgan de la actitud de usted en materia religiosa» (76).

La crítica de Alas sobre sus *Tres ensayos* indigna a Unamuno por ser demasiado hábil e insincera, por dejar caer, como al descuido, afirmaciones hirientes sobre su falta de originalidad. Apasionadamente defiende sus ideas...«... pues bien, amigo Alas, yo creo que sí, que aquel Unamuno «fuerte, nuevo original» (eran frases de *Clarín*)..., lo es no porque piense cosas nuevas (así no lo es nadie), sino porque las piensa con toda el alma y todo el cuerpo. Y su originalidad está en el modo de decirlas. ¡La aprecia en tanto el pobre!» (77). Pero pronto el autor de *Paz en la guerra* salta a la súplica emotiva, buscando el corazón del maestro: «... dígame sin embages ni rodeos, como a un hermano a quien se quiere guiar, como a un hermano, *Clarín*, como a un hermano (al describir esto se me turba la vista); dígame lo que ve en mí digno de corrección...» (78). Acaso nadie haya aconsejado a *Clarín* con tanto amor y generosidad como Unamuno. Véanse estas palabras: «¡Oh, amigo *Clarín*, si una vez lograra usted despojarse del hombre que tantos enemigos le ha creado y... abriese la puerta de su juicio crítico ínti-

---

(75) *Op. cit.*, p. 84, 9 mayo 1900.

(76) *Op. cit.*, p. 90, *idem*

(77) *Op. cit.*, p. 92, *idem*.

(78) *Op. cit.*, p. 94, *idem*

mo, y hablase con absoluta sinceridad de nuestro movimiento literario!» (79). Creo comprender los sufrimientos de su maestro al tener que componer críticas poco sentidas. «Porque el público no es justo con usted; a mí quisieron comerme vivo una vez que puse a usted sobre Menéndez Pelayo, como propulsor de nuestra cultura, y añadí que éste es frío siempre y usted tiene calor de alma» (80). Pide a gritos verse libre de la leyenda de «oscuro» y de «sabio» que pesaba sobre él; desea que *Clarín* lea *Paz en la guerra*, solicita su amistad sincera. Y confiesa finalmente: «... tengo la debilidad de fustigar más a los que más quiero, porque, por quererlos, los quisiera como deben ser, en consonancia con su hombre interior...» (81).

Al día siguiente, Unamuno escribe de nuevo a *Clarín*, casi arrepentido de haberse expresado con tal sinceridad, pero confía en que sus palabras no serán mal interpretadas. Ya no hay carta más de D. Miguel. Por desgracia, las de *Clarín* no se conservan. Este dramático episodio acabó probablemente así, sin que Leopoldo percibiese la grandeza efectiva del joven e impetuoso vasco, el más español de los escritores modernos de su patria, el pensador que habría de suceder a *Clarín* en la dura tarea de renovar la espiritualidad nacional.

---

(79) *Op. cit.*, p. 95, *idem*.

(80) *Op. cit.*, p. 96, *idem*.

(81) *Op. cit.*, p. 98, *idem*.